

y de las cuales no se puede tener un testimonio directo. Otro apartado de la introducción el dedicado a la reflexión sobre testimonio literario y memoria colectiva. Se trata de una justificación teórica en la que se presentan distintas definiciones y se profundiza en las características del género testimonial. La última parte analiza la ideología represora franquista y los distintos dispositivos con los que contaba el régimen, entre los que la prisión iba a ocupar un lugar fundamental. Mecanismo represor en el que “la mujer se llevó la peor parte, pues a ella se la señalaba directamente como responsable directa del orden moral. Por lo tanto, en ella se iba a centrar todo el esfuerzo de regeneración ética de la familia”(25).

En los capítulos subsiguientes, la corriente testimonial brota de la experiencia directa de estas mujeres —a las que Ramos Mesonero da voz—, para que ellas expresen sus duras condiciones de vida “Hambre, frío, hacinamiento, insalubridad, enfermedades, escarnios, chantaje religioso, castigos y torturas, arbitrariedades en los arrestos, la tragedia de las madres con hijos, el trabajo y la redención de penas, los traslados forzados de cárcel en cárcel y, en fin, los juicios sumarísimos, condenas y posteriores fusilamientos” (29) con la clara intención no sólo de hacer memoria sino también de hacer justicia histórica.

Tras los testimonios, el último capítulo es un análisis de *La voz dormida* de la escritora Dulce Chacón (1954-2003), novela que para Ramos Mesonero “no es un ensayo histórico ni una crónica de la represión del franquismo en la posguerra sino literatura al más alto nivel” (375).

*Memoria de las presas de Franco* supone un estimable esfuerzo didáctico dedicado a la recuperación histórica. Dotando de voz a las mujeres presas, Ramos Mesonero propicia nuevos sujetos de enunciación, marginales y silenciados, y remarca su carácter subversivo subrayando que “las voces que se escuchan insisten una y otra vez que no son las voces de una derrota, sino las de una injusticia” (19). *Memoria...* es una mezcla de ensayo y género testimonial, es literatura cercana al periodismo pero que no deja de tener su parte de creación literaria, algo que “es fruto de la conciencia e inconciencia, de la razón y de la imaginación, y sobre todo, del prodigioso don de la palabra” (375).

Oxford College of Emory University

HELENA TALAYA-MANSO

Marina, José Antonio. *Las arquitecturas del deseo. Una investigación sobre los placeres del espíritu*. Barcelona: Anagrama, 2009. 192 pp.

Es este un breve e intenso ensayo sobre lo que le interesa a Marina en los últimos años: una deriva desde la filosofía hacia la pedagogía, pasando por la psicología, a la que se le rinde aquí un sincero tributo. Si-

guiendo la tradición ilustrada sobre la perfectibilidad humana de un Leibniz o un Malebranche, pero sobre todo la de Spinoza, el autor plantea una serie de reflexiones sobre la necesaria articulación entre los deseos y la razón. Como el filósofo sefardita, Marina cree que el deseo apunta por naturaleza hacia lo útil, entendiendo también lo útil como aquello que nos hace más humanos, aquello que nos acerca a nuestra meta de realización personal y que nos permite *poder* más. Partimos entonces, no sólo de la inevitabilidad del deseo, sino de su reconocimiento como fundamentador de nuestra existencia misma.

Pero, obviamente, el protagonismo del deseo no es —ni en Spinoza ni en Marina— algo necesariamente positivo. Suavizando algo la posición determinista del filósofo holandés («creemos ser libres pero los deseos nos determinan»), el ensayista español nos previene contra el peligroso uso y abuso del deseo. Marina se queda con la idea spinoziana de que la razón, la inteligencia, pueden canalizar nuestros deseos hacia el conocimiento, territorio de nuestra posible libertad. Es en la obtención y en el uso del conocimiento donde la naturaleza humana satisface su más íntimo anhelo, donde podemos ser mejores. Esto ocurre en el *locus* más elevado del mundo volitivo, el de la voluntad. Algo que nos distingue de los animales es, precisamente, la capacidad de canalizar deseos hacia proyectos.

A partir de estas bases teóricas, José Antonio Marina presenta una especie de fenomenología del deseo basada en tres claves: el deseo como resulta de una falta, de una carencia; el deseo como fenómeno retroalimentado y generador de creatividad; y, en tercer lugar, el deseo hibridado entre las pulsiones instintivas, psicológicas y aun «espirituales».

El primer capítulo está dedicado a explicar cómo el capitalismo de las últimas décadas ha sabido manipular deseos, pulsiones y proyectos en la búsqueda del beneficio a través de la publicidad. A esto se acompañan comentarios sobre el aumento de las drogadicciones, que —como el consumismo actual— no son ya satisfacciones de necesidades sino consumaciones de nuevos y excesivos deseos.

Pero como el deseo constituye nuestro mismísimo suelo existencial, la única manera de «meter en cintura» un deseo es con otro deseo. Es decir, un deseo destructivo, alienante, puede ser anulado o, incluso, superado por otro deseo más «humano», más racional, en definitiva: por la voluntad. El deseo, entonces, se convierte en el componente básico de la motivación. A partir de aquí podemos elaborar proyectos, que no son más que «irrealidades pensadas a las que entrego el control de la conducta» (86). De ahí la importancia de la inteligencia, canalizadora de mis pulsiones. Aquí conecta el autor con la idea —hace ya mucho descubierta por los psicólogos— de que existe una correlación estadística entre el control de los impulsos y el coeficiente intelectual en los niños.

*La arquitectura del deseo*, que da título al ensayo, se va presentando en una escala de niveles hacia arriba: de la pulsión (los cimientos), a los pi-

...bajos medios y superiores... deseos matriciales, del carácter, de la personalidad, hasta llegar a la «espiritualización» del deseo; del temperamento al carácter, del carácter a la personalidad «elegida», que es resultado de actos conscientes, libres. Así, «los proyectos se basan en la capacidad de dirigir nuestra acción por metas pensadas, no sentidas. El gran problema es que tienen que enlazar con la energía deseante, porque, desligada de ella, la razón no puede dirigir el comportamiento» (106).

A esta presentación de una estructura «factible», racional, se añade la patética realidad existencial que nos impulsa a crear, a crecer, a ser *más...* a poder. Desde Rilke («Existir innumerable me brota en el corazón») a la voluntad de poder nietzschiana, la tarea no sólo consiste en controlar nuestra concupiscencia (término muy católico), sino nuestra ansia existencial de expansión: «el navegante no encuentra nunca el último horizonte» (125). Aquí Marina, el filósofo, abraza de nuevo la psicología, que lleva ya décadas estudiando la ansiedad, el deseo de no se sabe qué, «la carencia imprecisa» (134).

Pero cuando ya parecía que Marina había levantado el edificio teórico del deseo con una cierta lógica interna, surgen retos que cuestionan esta «arquitectura». De ahí la grandeza y la libertad del género ensayístico. Una estancia de difícil articulación en este edificio teórico es la *belleza*. ¿Cómo instalar la emoción estética en estas taxonomías? Marina se aleja aquí de la poderosa idealización platónica que veía la belleza como *el reflejo de la verdad*. Se alía más bien con la modesta visión kantiana: «Bello es lo que gusta sin consecuencias». Lo más parecido aquí a una posible lógica de la belleza es que ésta «se relaciona con la salud, la fuerza, la fertilidad» (148), aseveración se nos antoja algo *light*, sobre todo si la situamos frente al esfuerzo teórico de las páginas precedentes. La expresión artística favorita del ensayista es la música, que queda despachada como un «delicioso misterio [...], que acaso habría que incluir en la historia de las drogas...» (148).

Ninguna pulsión o deseo alcanza el nivel de complejidad que adquiere «el deseo arquetípico», el sexo. Obviamente, en su fundamento fisiológico el sexo humano es «escandalosamente parecido» al de todos los primates. Naturalmente, la cosa es más compleja. Ningún placer alcanza el nivel de hibridación o de manipulación, que ha alcanzado nuestra sexualidad en el siglo *xxi*. Acepta Marina el análisis de Baudrillard: «la proliferación del sexo está cerca de su pérdida total». Vivimos tiempos de superproducción sexual, de «hiperrealismo del goce». El deseo sexual apenas surge de una sensación de carencia, ya casi no hay anhelo. La oferta supera a la demanda y, al mismo tiempo «el espectro del deseo está en todos lados, salvo en la sexualidad» (161).

Para empezar —citando a Merleau Ponty— se señala que la polinización de lo sexual empieza en la existencia misma. Hay tantos factores en el entorno de lo sexual que a menudo es difícil distinguir entre un acto sexual de otro no sexual. Su valor de relación entre humanos va mucho

más allá de su valor de reproducción e incluso más allá del factor placer que le acompaña.

Para Marina la complejidad de la sexualidad humana no se manifiesta solamente en los planos culturales más o menos desarrollados, se evidencia ya en conflictos psicológicos muy básicos anclados en cuestiones fisiológicas; es decir, no es necesariamente resultado de una voluntad más o menos libre. Así, le interesa el fenómeno de la transexualidad, donde entran en juego tres dimensiones desarticuladas: el sexo, la identidad sexual y la orientación sexual. El conflicto planteado en estas disfunciones resulta un excelente ejemplo de la complejidad del deseo erótico en general.

Todas estas reflexiones sobre la ruptura de circuitos en el deseo, nos plantean nuevos retos, cada vez más difíciles de afrontar: «viviremos en precario, navegaremos erráticamente mientras no consigamos fijarnos como especie» (181). Para saber hacia dónde ir, primero tenemos que saber antes lo que tenemos que construir: «sentido» significa también «dirección».

Algo que nos acercaría a la racionalidad es el diálogo. Cita Marina a Allan Gibbard —también podría haber hablado de Jürgen Habermas— para recordarnos que hemos de potenciar la inteligencia compartida, la inteligencia social: «si todo el mundo va a lo suyo, nadie va a ir a por lo nuestro» (188). Lo individual ha alcanzado hoy un prestigio excesivo, que nos puede pasar una factura elevadísima si no lo controlamos. Afortunadamente, el ensayista reconoce también que la inteligencia social puede volverse estúpida. Menos mal, empezaba aquí el lector a sentir cierta incomodidad por lo que se puede percibir como un optimismo levemente excesivo.

Con estas reflexiones se cierra un ensayo intenso y de fácil lectura. Una propuesta por la racionalidad no carente de perspicacia. En este texto sobre el deseo se echan en falta, sin embargo, comentarios sobre la filosofía/religión que más se ha centrado en el estudio del deseo y de su compleja relación con el ego: el budismo. Marina se despacha con una brevísima referencia al comentar que éste no considera el deseo como esencia de la conciencia. Pero el budismo hubiera dado mucho, para muchísimo más. Alguna referencia a la homosexualidad «elegida» nos parece algo delicada; Marina se acerca aquí al filo de la navaja.

Como reserva final a este lúcido homenaje que el filósofo hace a la psicología, hay que añadir que nos queda, a veces, una leve sensación de tono reaccionario. Cuidado, no en el sentido tópico de un marxismo simplistas, sino en cierta deriva «arcádica», trampa casi inevitable que merodea alrededor de cualquier discurso que nos insista en cómo de mal se están poniendo las cosas últimamente.